

Magdalena Petit

## TORMENTA

### I

**L**A bahía que forma el puerto, de lejos, desde la altura de los cerros, parece un juguete para personas grandes, hecho de vidrio verdoso y reluciente al sol, donde se hubieran embutido botecitos de cartón pintado.

Encajonada dentro de los ascensores, baja la gente en dirección al muelle adornado de grullas que parecen «gringos» largos, huesudos (los «agencia Cook» de los bultos), embarcando y desembarcando a sus viajeros sin alma.

Ahora, el mar cercano es una cosa viva con su azul movido de oleaje, su olor a marisco, su aire salado; sus vapores enormes se tambalean y meten bulla al rechinar de las poleas, cuando suben maletas y mercaderías, y correo, y alimento, y todo lo que está destinado a bajar con el mismo ruido en otras tierras más y más distantes, donde hombres de otros colores, de otra habla, recibirán a su vez en sus muelles estos bultos y se internarán con ellos hacia sus hogares mirando con el desdén de la lejanía el juguete de su mar.

## II

Avanza la multitud en el muelle, masa uniforme de los que se van y de los que vienen a despedirlos. Todos se abrazan de igual manera, se dicen las mismas frases, se creen obligados a emocionarse o se emocionan de veras.

El barco se va llenando de esta gente que se va, que llaman «los viajeros»...

La campana de a bordo ha tocado dos veces imperativamente: tan-tan-tan-tan-tan, y de pronto, el tercer e irrevocable llamado echa a tierra a los que se quedan.

Dos filas de seres iguales agitan sus pañuelos desde el vapor y desde el muelle. El barco, libre de sus amarras empieza a alejarse.

La palabra, con sus últimos: «Adiós, adiós», gritados, une aun a los de tierra y a los del mar; después, el gesto de los brazos en alto, solamente, dibuja las llamaradas blancas del Adiós, y luego los sentidos ya no bastan a colmar la distancia que comienza y va haciendo la ausencia.

## III

Es de noche y mar adentro. Cielo, agua, obscuridad, silencio, se amalgaman envolviendo al barco indefenso que partió. Las olas lo mecen como a un niño abandonado; pero nadie sabe, con las olas traidoras, cuando mecen, si lo hacen para el sueño o para la muerte.

Debajo de la quilla, el agua negra y profunda que encubre la vida misteriosa de una fauna extraña. Encima, un tablero de una cuadra de largo, quizás, pero confortable como una ciudad, que es el pequeño territorio flotante donde habitarán unos días unos cuantos hombres, «los viajeros».

#### IV

Un ruido especial, el barrido del puente con pisto-  
nazos, despierta un momento a los de sueño más li-  
viano; miran amodorrados hacia la ventanilla que fil-  
tra tamizada luz de alba y recuerdan «estar a bordo».  
La ventanilla en un instante hace de pantalla y pasa  
rápidos films: la despedida, Valparaíso, el tren, San-  
tiago, el último abrazo a la madre; una cara de amigo  
se esboza, y otra, y sigue ahora el film en el sueño que  
venció.

#### V

Nebulosa extraña; luego un «aura» de navío. «El  
buque fantasma». El mar se va estrechando hasta  
convertirse en río que amarillea más y más y suena,  
suena, con el flujo y reflujo del agua que acarrea oro...  
es el oro del Rhin!... ¡Qué música celestial! Un solo  
acorde repetido infinitamente en arpegios como el mar  
se quiebra en olas!...

Ya el sueño se espantó; sin embargo la música si-  
gue-: mi, sol, si, mi, mi, si, sol, mi...

¡Si son las nueve de la mañana! La vida despierta  
empieza con este anuncio del «breakfast» que el he-  
raldo del comedor pregona al son de acordes wagneria-  
nos.

#### VI

El primer día de navegación, día de mareo, trae  
poca gente al comedor. Dos «gringos», envueltos en  
una nube de humo azucarado, toman su «lunch», im-  
perturbables cual si hicieran «sport». Esta es su se-  
gunda partida, pues en la mañana un «breakfast»  
completo ha sido ya despachado por ellos. Ciegos y  
sordos a la presencia ajena, mascan y tragan con fuer-

za palabras y «potatoes». Las demás mesas no se imponen; son de viajeros que aún no se adueñan del buque: no llevan traje de «a bordo», ni hacen funcionar los baños a las seis de la mañana, ni pasean por el puente midiendo millas: son chilenos.

## VII

«Los pasajeros», «los oficiales», «los mozos», van perdiendo poco a poco su carácter colectivo sin individualizarse aun completamente.

Hay, «la señora anciana que viene con una chiquilla buenamoza» (nieta suya, quizás?); «las tres gracias», como las llama uno de los contadores, tres casadas, al parecer, que viajan solas; una docena de tipos de color obscuro con facha de tercera clase, que llegan todos juntos a las horas de comidas y se sientan en fila como en un colegio (estudiantes?... el mozo cree son mineros que van al Norte); un señor con lentes que lee todo el día en cubierta, cuando no escribe en el salón (escritor? profesor?...); *el médico, el contador rubio, el contador flaco, el otro oficial chico el «maitre»* (hecho de sonrisitas y saluditos; junto con los «gringos», se impuso desde el primer día a los viajeros). Los otros pasajeros siguen siendo «las demás mesas».

## VIII

El mozo del camarote ya se está llamando «Pedro», el del comedor, todavía es «el mozo». Una mujer de «las demás mesas» entra ahora al comedor enfocada en tamaño grande: es «La señora que tiene tan linda voz», la que cantó en la tarde en el salón. Esa preciosa voz ha producido una aureola de luz que ilumina el rincón obscuro. Otras dos de «las demás mesas» han pasado también a primer plano: la de «El caballero que está tan aflijido porque tiene a su mujer

enferma», y la de «esa diabla que dió escándalo anoche», como dicen dos solteronas beatas que han llegado también a destacarse por sus comentarios.

## IX

Entre cielo y mar, y sin embargo, con el pasar de los días el misterio se gasta, cede, y aparecen los hombres en su plena humanidad. Se saben el nombre y la historia, y se comentan unos a otros. ¡El mar y el cielo han perdido su encanto!... No, no lo han perdido aún: ¡«Se saben la historia»!... ¿La que no importa saber, tal vez; pero la otra, la verdadera, la que llevan adentro?... El barco está lleno, nuevamente, de gente misteriosa e interesante.

## X

El mar parece un zafiro líquido en un engaste de cobre en forma de ondas: el anfiteatro del puerto de Antofagasta se extiende a pérdida de vista dibujando la pampa salitrera enorme, plomiza, silenciosa y ondulante, como un mar que en un día de tormenta se hubiera petrificado para la eternidad.

La campana de a bordo suena la alta marea de la partida, la que se lleva a los puertos, y Antofagasta va siendo arrojado más allá, y más y más lejos hacia las playas de la ausencia. La pampa gris es ahora, mirada desde el barco, una gran concha arrastrada por las olas.

## XI

Iquique, Arica, Callao, Mollendo. Van sucediéndose los puertos orillándolos el mar con tonalidades cada vez menos luminosas hasta tomar un color verdoso pardo sucio.

Varios días de un mar abandonado a sí mismo, sin costas, al alcance acogedoras. El Pacífico recupera sus colores francos, se torna de un azul fuerte, y a veces, violeta.

Agua, agua por todos lados hasta donde topa el cielo en el horizonte lejanizo. Parece en el día, el mar, una de esas gelatinas marinas, monstruosamente gigante, que se estremece voluptuosa bajo el sol que irradia y la entibia haciéndola brillar. De noche, el océano negrea de serpientes oscuras, silbadoras, y entra como un pavor de niño aterrado por un cuento de cavernas y dragonés. ¿Y no es, el barco, la caverna misteriosa? ¿No es una mujer, el dragón que hay que vencer? ¿No es, el niño aterrado, algún espectador de su propio cuento?

## XII

Acentos paradisiacos detienen al niño-espectador: el dragón se ha transformado en sirena y la voz celestial que lo llama lo embruja como un brebaje de filtro.

La brújula dice que el vapor-caverna se dirige siempre hacia el gran puerto del oro; el calendario apunta cinco días para el término del viaje; mas, la sirena canta, canta, y el niño-hombre del nuevo cuento maravilloso, embelezado, ha perdido la noción del rumbo y del tiempo y hasta de la existencia ajena.

## XIII

Las serpientes silbadoras, en flujo creciente suben al navío y asaltan el corazón del hombre enamorado: la tormenta de esta noche no será en el mar.

¿Por qué hay otros hombres a bordo? Por qué canta, la sirena, para más de uno?

Silban, sílban, sílban, las serpientes que se yerguen, heladas y verdosas, en llamas de olas.

Silban, sílban, sílban, la eternidad... de unas pocas horas.

#### XIV

La tormenta disipó el espejismo. Se fué el cuento, se llevó la caverna, se llevó la sirena. Hay, sí, a bordo, una mujer coqueta. Hay pasajeros, otra vez; pasajeros con su vida individual y colectiva (no, ya, esa especie de coro de serafines). Hay un hombre que, sin bajarse del vapor, exploró en un minuto-siglo tierras maravillosas, pero de clima mortal.

Este hombre fija, ahora, como los demás viajeros, la meta anhelada, New York.

El puerto, herradura de oro imantada, atrae con más fuerza, a medida que se acerca el barco que sugestionó desde la punta sudamericana. La metrópoli babélica viene ahora al encuentro del buque: detrás de la estatua «La libertad», la ronda de sus dioses (los gigantes cubistas) plasma en carne de cemento el reclamo del esfuerzo.

#### XV

Suena, al fin, la hora de bajar a tierra. Los pasajeros, bien delineados con sus nombres y apellidos, sus gestos conocidos, su voz, no son los mismos que se embarcaron borrosos, inconocibles entre la masa. Se les oye interpelarse familiarmente:—¿Qué hubo, señor Garrido, su esposa está bien, podrá desembarcar?—Villegas, se va usted sin despedirse... —Señora, a eso venía, le deseo mil felicidades.

Un banal apretón de manos, mientras el pensamiento se retira de los ojos adentrándose en lo más íntimo...

La mujer coqueta se va a California; el hombre que exploró tierras maravillosas se queda en New York.

Tan-tan-tan-tan-tan-tan...

Llegó el momento de la separación material causada por el término del viaje. La otra, la irremediable, la que sucede en el mundo invisible sin que una explicación venga a hacerle el exorcismo, aconteció hace dos o tres días.

## XVI

Cambiante como el mar, el alma se apasiona en olas de entusiasmo. Caen sus rayos fulminadores como si fueran a destruirlo todo; pero luego viene la calma gris, monótona, asilenciada, como si nunca se hubiera desencadenado una tormenta.